

Liturgia Dominical

DOMINGO 4º DE CUARESMA.
CICLO A

(22-III-2020) AÑO XXXIX. Nº 2416



“DOMINGO LAETARE”

“**D**omingo Laetare”; así se le llama desde antaño por el texto con que se inicia la celebración y que está tomado del profeta Isaías (66,10-11). El esfuerzo cuaresmal va llegando a su fin y pronto se renovará la gracia bautismal -el don de la filiación adoptiva- y seremos saciados en los pechos de la Iglesia con la eucaristía pascual.

Estos “aires pascales” ya se encuentran presentes en la oración colecta, de nueva composición. Se inspira en un sermón de san León Magno (Sermo XL, cap. IV. PL 54, 270), y en ella se destaca el valor salvador del misterio pascual y orienta hacia la meta final del itinerario cuaresmal a fin de que no decaigan las fuerzas.

El prefacio es un comentario orante del texto evangélico proclamado, muy propio del proceso catecumenal de la antigua liturgia romana. Las fuentes de este texto las podemos encontrar en el “**Suplemento Gregoriano**” y en el “**Sacramentario Bergonense**”. Los textos bíblicos los tenemos en Is 9,2; Rm. 6,20; Ef 1, 5; Tt 3, 5.

El mensaje, del embolismo de este prefacio, es el misterio de la luz que se manifiesta en la Encarnación y Redención de Jesús que obran en el hombre, transformándolo, por medio del Bautismo; podemos resumirlo en dos apartados:

a) *La encarnación de Jesús aporta al mundo la luz de la fe.* La ceguera caracteriza la situación del hombre que le impide caer en

la cuenta en el sentido que su vida tiene y la meta hacia la que debe caminar (Jn 12, 35). Ser ciego, en este contexto, es encontrarse lejos de Dios, carecer de esperanza y abandonado al propio destino. La humanidad -peregrina en las tinieblas- a causa de su pecado, se encuentra en una situación de esclavitud y de miseria. Jesús, mediante la encarnación, entra en la historia de la humanidad para sacarla de esta situación y llevarla a la luz que es el mismo Dios. *La fe, por tanto, nos hace capaces de ver.* San Agustín en su “**In Ioannis Evangelium tractatus**” nº 44 escribirá: *El género humano está representado en este ciego, y esta ceguera viene por el pecado del primer hombre, de quien todos descendemos. Es, pues, un ciego de nacimiento. El Señor escupió en la tierra y con la saliva hizo lodo, «porque el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14).*

b) *Renacer por el bautismo.* La humanidad participa del misterio de la encarnación mediante el lavado bautismal. Antes de encontrarse con Cristo era esclava del pecado que conducía a la muerte. En la Encarnación, Jesús asume sobre sí el pecado del mundo, para librarlo de la situación en la que se encuentra (2Cor 5, 21; Hb 2, 14-18). O dicho de otra manera; en los sacramentos de la iniciación cristiana, quien los recibe, entra a formar parte de Cristo y es renovado internamente (2Cor 5, 17) gracias al don de la filiación.

DELEGACIONES DE

LITURGIA: Astorga, Ávila, Burgos, Ciudad Rodrigo, León, Osma-Soria, Palencia, Salamanca, Segovia, Valladolid y Zamora.

DELEGACIÓN CENTRAL:

C/ Martínez del Campo, 7
09003 Burgos
Telf. 947 26 15 17
E-mail: delegacion.liturgia@archiburgos.es

Depósito legal: BU-594. - 1981



Por tanto, en el Bautismo, al encontrarse con Cristo, como narra el evangelio de este día, el hombre deja de ser hijo de las tinieblas para pasar a la luz admirable de la filiación por adopción.

Durante la Cuaresma, el pueblo cristiano, como fruto de un mayor contacto con Cristo, profundiza en el misterio de

su vocación de vivir en Cristo por la fe para poder ser luz en el Señor. Es importante, por tanto, destacar la relación que se da entre la encarnación y el misterio pascual de Cristo.

*José Luis González Vázquez.
OVIEDO*

INTRODUCCIÓN A LA LITURGIA DE LA PALABRA

Evangelio: Jn 9,1-41

El domingo pasado, Jesús, prometía a la samaritana el don del “agua viva”; hoy, curando al ciego de nacimiento, se revela como “luz del mundo”; y el domingo próximo, resucitando a Lázaro, se manifestará como “la resurrección y la vida”. Estos tres elementos: agua, luz y vida, son símbolos del Bautismo, sacramento que “sumerge” a los creyentes en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo, liberándonos del yugo del pecado; y dándonos la vida eterna. El Señor confirma su palabra como “luz del mundo” con la curación de un ciego de nacimiento. Los discípulos manifiestan ser herederos de la mentalidad común de su tiempo, al pensar que la ceguera es consecuencia del pecado, bien del ciego o de sus padres. Jesús rechaza este prejuicio y señala: “Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios”. En el discurso del “pan de vida” el mismo Jesús indica: “La obra de Dios es ésta: que creáis en el que Él ha enviado” (Jn 6,29). Y, cierto, que se va a hacer realidad en el ciego la obra de Dios: va a pasar de la luz de los ojos a la luz de la fe (“Creo, Señor”; v.35). Jesús pasa de las palabras a la acción: con un poco de tierra y de saliva hace barro y lo unta en los ojos del ciego. Este gesto nos evoca la creación del hombre, en el segundo relato creacional, donde se presenta al Creador como un alfarero que modela al hombre de la tierra y le insufla su espíritu (cf. Gn 2,7). Al curar al hombre, Jesús anticipa la nueva creación que tendrá lugar con su parusía. La cura-

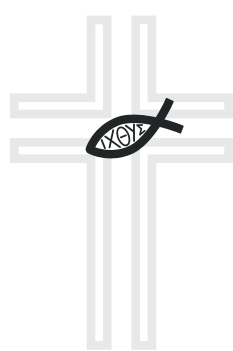
ción suscita una acalorada discusión, pues según los fariseos Jesús ha violado el precepto del descanso sabático. Por este motivo, Jesús y el ciego son “expulsados”: el primero por haber violado la ley, y el segundo porque sigue siendo considerado como un pecador. A este el Señor le revela que ha venido al mundo para realizar un juicio, para separar a los ciegos que se dejan curar de aquellos que no lo permiten, porque presumen de sanos, cuando realmente son los verdaderos ciegos, al no reconocer a quien es la Luz.

Profeta: 1Sam 16,1b.6-7.10-13a

Leemos fragmentos del relato de la unción de David como rey de Israel. Un relato que parte del hecho que el auténtico rey de Israel es el Señor. Por ello, es Él quien se fija y escoge al pequeño de los hijos de Jesé. La autoridad del rey de Israel procede de Dios y debe ejercerla conforme a su voluntad. La unción con aceite expresa la elección y la pertenencia divina del que es ungido. Efectivamente, la unción simboliza que el Espíritu del Señor empapa al ungido, permanece con él y le confiere la fortaleza divina. Dios, el auténtico rey y pastor de Israel, comunica su espíritu a David, para que gobierne y apaciente a su pueblo conforme al corazón de Dios. Solo de este modo será luz que guíe a Israel por senderos de paz y de prosperidad. Y, a su vez, Israel será luz para las naciones, y por su mediación podrán descubrir que también el Señor es su rey y su pastor.

*José Luis
Barriocanal
Gómez*

*Facultad
de Teología.
BURGOS*



Salmo responsorial: Sal 22, 1b-3a.3b-4.5.6 (R/: 1b)

El orante se sirve de la imagen del pastor que cuida a sus ovejas para expresar su absoluta confianza en Dios. Con las palabras del Salmista confesamos a Jesús como nuestro buen pastor que nos guía en medio de la oscuridad, conduciéndonos por senderos justos y tranquilos, y repara nuestras fuerzas.

Apóstol: Ef 5,8-14

En perfecta continuidad con la temática de este domingo acerca de Cristo como luz del mundo, el Apóstol nos invita a caminar como “hijos de la luz”. Desde el Bautismo, el cristiano vive en el Señor; por tanto, es luz en el Señor. Por eso debe hacer las obras de la luz: “toda bondad, justicia y verdad”. En definitiva, debe vivir buscando “lo que agrada al Señor”. Este fue el programa de Jesús.

SUGERENCIAS PARA LA HOMILIA

Creo, Señor. Y se postró ante Él

Hoy es el domingo *Laetare* es decir de la alegría. Dios nos dice: alegraos. Toda la liturgia nos invita a experimentar una alegría profunda, un gran gozo por la proximidad de la Pascua. Estamos llamados, como nos recuerda la segunda lectura, a abandonar *las obras estériles de las tinieblas* y producir frutos de luz. Hemos de pasar de la oscuridad a la luz. Pero para eso es necesario ver.

Por eso, hoy el ciego de nacimiento nos representa a todos. Jesús fue causa de una gran alegría para aquel ciego a quien otorgó la vista corporal y la luz de la fe. *Creo, Señor. Y se postró ante él.*

No querer ver...

Jesús les dijo a los fariseos que le hostigan por haber curado al ciego: *Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís que vemos, vuestro pecado permanece.*

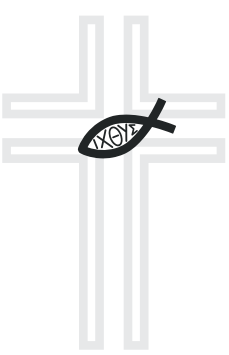
Aquellos fariseos, que se creían en la sabiduría y en la luz, permanecieron ciegos por su dureza de corazón y por su pecado. El que no quiere ver, encuentra siempre razones para no ver. Los fariseos no querían ver a Jesús como Mesías y Maestro y, por eso, buscaban cualquier razón, para desacreditarle. A los fariseos no les interesaba ver la verdad, porque la Verdad de Dios, su Mesías, dejaba al descubierto sus hipocresías y falsedades. Es muy importante recordar que la ceguera del que no quiere ver, a diferencia de la que surge de la propia limitación humana, genera responsabilidades y, porque no decirlo, culpabilidades. Lo mismo nos pasa a cada uno de nosotros en la vida ordinaria: cuando no nos interesa que una cosa sea como es, buscamos mil razones para verla de otra manera. La verdad de la política, el deporte, y la misma religión, es vista por cada uno de nosotros según el color del cristal con que miramos. Por eso, es necesario siempre hacer un gran ejercicio de sinceridad para purificar nuestra mirada. Hasta nuestros intereses más egoístas y recónditos pueden servirnos de cristal para desfigurar la realidad.

No queremos ver para no complicarnos la vida. Preferimos seguir caminando, “dando un rodeo” en lugar de agacharnos para coger un poco de barro y ablandarlo con nuestra saliva para curar a otros.

No queremos ver nuestra fragilidad. Somos clarividentes para señalar los defectos de los demás, pero muy ciegos para ver los nuestros. Filtramos mosquitos y luego tragamos camellos.

Alejandro
Castillo
Urquijo

SANTANDER



No queremos ver la hondura del corazón humano porque es ahí donde encontramos al hermano que nos compromete, y nos contentamos con desparramar nuestra mirada atraídos por la frivolidad de un mundo, que nos presenta ídolos de barro paseando por las alfombras rojas y los verdes céspedes de los templos deportivos. Nos resulta más fácil, y menos comprometido, mirar las apariencias. Pero hoy se nos recuerda que *Dios, no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón*. Se nos recuerda que hemos de mirar el corazón.

Querer ver

El ciego de nacimiento quería ver y no ocultó la verdad de su ceguera. Hagamos nosotros lo mismo: purifiquemos nuestra mirada para ver la verdad tal como es, y no como a nuestra conveniencia le interesa que sea. Cristo es nuestra luz. Nosotros hemos recibido la luz de Jesucristo y hace falta que toda nuestra vida sea iluminada por esta luz. Todo eso supone conversión y crecimiento en el amor, especialmente en este tiempo de Cuaresma.

Alejandro
Castillo
Urquijo

SANTANDER

Es necesario pues, en primer lugar, querer ver

La Pascua está cerca y el Señor quiere comunicarnos toda la alegría de la Resurrección. Dispongámonos para acogerla y celebrarla. Jesucristo nos da su medicina, el barro de su gracia, pero necesita nuestra colaboración: “ve a lavarte”, nos dice Jesús... Nos invita a lavarnos en las aguas purificadoras del sacramento de la Reconciliación. Ahí encontraremos la luz y la alegría, y realizaremos la mejor preparación para la Pascua. Sin ella, sin esa luz y sin esa alegría, nos hallaremos muchas veces con la mirada perdida, inmersos en un mar de sombras. La Cuaresma es un tiempo idóneo para renovar nuestra condición de ciudadanos del cielo. Reconozcamos nuestra ceguera y dejémonos guiar por “el Buen Pastor”, que nos lleva por sendas de luz y de vida.

Cerca de la celebración de la Pascua, pidamos a Jesús que llene de Evangelio nuestros ojos y evangelice nuestra mirada de modo que cuando cantemos el sí definitivo de Dios lo hagamos con los ojos abiertos y la mirada amplia.

LA VOZ DE LOS PADRES

Ciego de nacimiento



Hermano, has escuchado el pasaje del evangelio en el que se narra que, al pasar, Jesús vio a un ciego de nacimiento. Por tanto, si el Señor lo vio, no lo dejó de lado; así pues, nadie de nosotros debe dejar de lado a quien el Señor consideraba digno de su atención, especialmente porque era ciego de nacimiento, detalle no pequeño.

Ciertamente, existe una ceguera que proviene de una enfermedad grave, pues oscurece la agudeza de los ojos y se acentúa con el paso del tiempo; también existe una ceguera que es producida por una catarata; ésta puede ser curada por el arte de la medicina, una vez eliminado el defecto. Date cuenta, pues, que quien era ciego de nacimiento fue curado no por la ciencia, sino por el poder de Dios



Sección a cargo
de Agustín
Burgos
Asurmendi.

BURGOS